



cia abstracta, sino en el estudio específico de casos.

Si el primer ensayo traza las formas externas de abordaje al mundo de los libros y de sus productores, el segundo cambia radicalmente el ángulo y se adentra en las formas en que la literatura describió y narró a los editores. Desde Balzac a Aira y Vila-Matas, pasando por Max Aub, Adolfo Castañón, Daniel Pennac y Haroldo Conti, “Editores en la literatura” recorre una galería de personajes que le sirven para revelar tanto los prejuicios y juicios que los propios escritores esbozaron acerca de esa suerte de socio y enemigo con los que estaban condenados a convivir, como los modos históricos que asumió la figura del editor a lo largo de más de dos siglos. Este movimiento hacia el interior de los libros evidencia la productividad heurística del punto de vista de los propios escritores para conocer mejor las transformaciones históricas de estos agentes, y, por extensión, del mercado del libro en su conjunto.

La segunda parte del libro se compone de cuatro estudios. El capítulo que lo abre, “Redes intelectuales y proyectos editoriales en América Latina”, propone trascender las fronteras nacionales a través de la más amplia geografía latinoamericana. Y para hacerlo se vale de la noción de redes intelectuales, con la que vuelve a anudar la producción y circulación material del libro con los productores intelectuales, con sus convicciones y proyectos políticos, en este caso latinoamericanistas. Pero a diferencia del modo más tradicional de considerar la actividad editorial en la historia intelectual, que la suele subsumir a los objetivos y prácticas políticas e ideológicas de un individuo o una organización, aquí el objeto libro gana en espesor al ser abordado como un ámbito en sí mismo, con toda la complejidad social y económica que le es propia. En el camino que propone se superponen nombres decisivos de la historia cultural de la región: Fondo de Cultura Económica, Ercilla, Sudamericana, Monte Ávila, la Biblioteca Ayacucho, Siglo XXI, Eudeba, y Centro Editor de América

Latina. El siguiente capítulo cambia de escala y nos invita a explorar con detenimiento la trayectoria del editor Santiago Rueda y la conformación de su catálogo. El trabajo opera en dos sentidos. Por un lado, relata la experiencia de un sello que, pese a guardar un lugar central en la historia literaria e intelectual de lengua castellana, había sido poco estudiado (aunque eso parece estar cambiando, pues además de este capítulo, en 2019 la editorial Tren en Movimiento publicó **Santiago Rueda. Edición, vanguardia e intuición**, de Lucas Petersen, con prólogo del propio José Luis de Diego). Por el otro, funciona como modelo de análisis del proceso de conformación de un catálogo.

El quinto trabajo del libro plantea un nuevo desplazamiento analítico. En este caso concentra la atención en un período específico, fines de los sesenta, para examinar la edición de literatura en Argentina. El lapso tomado no es caprichoso. Durante esos años, que son también los del auge del Boom latinoamericano, los autores de la región y, especialmente, los argentinos ganan peso en los catálogos nacionales. Este proceso, explica de Diego, estuvo estrechamente asociado con la progresiva pérdida del mercado español y la apuesta, necesaria, por el creciente público argentino. En pocas páginas y sobre la base de un relevamiento muy sólido, el autor muestra el vínculo directo, aunque evitando siempre reducir uno a otro, entre condiciones de mercado y los criterios que guían la selección de títulos. Finalmente, el último trabajo visita uno de los tópicos más relevantes de la actualidad para comprender, nuevamente, la relación entre creación literaria y cambios en el mercado editorial. Esto es, los efectos del proceso de concentración editorial sobre las formas de producción y circulación literaria en Argentina. A través de fuentes y datos muy diversos, de Diego traza un cuadro de conjunto que ilumina tanto las lógicas de la elevada y rápida rentabilidad que persiguen los grupos editoriales concentrados, como las apuestas literarias e intelectuales de las editoriales emergentes.

Si hace tiempo que los editores dejaron atrás su obstinación por la invisibilidad, por hablar solo a través de su catálogo, dando paso a la multiplicación de libros de memorias y entrevistas, los estudiosos del mundo editorial dieron un paso más al convertirlos en uno de sus objetos dilectos, en una puerta de entrada privilegiada para la comprensión de la dinámica cultural de una sociedad. Al igual que sus trabajos anteriores, el nuevo libro de José Luis de Diego es un ejemplo acabado de ese ejercicio.

Alejandro Dujovne
IDES-IDAES-CONICET

A propósito de Graciela Salto, **Joaquín García Monge / Samuel Glusberg Epistolario 1920-1958. Circulación y mercado editorial en América Latina**, La Plata, Biblioteca Orbis Tertius / CeDInCI, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 2019, 161 pp.

La publicación de un epistolario como el que se lee en este libro abre posibilidades al conocimiento. Por ello, que las cartas estén disponibles en un Centro como el CeDInCI, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina, cuyos impulsores, desde hace años, se ocupan de atesorar y ordenar documentos vinculados con los idearios de izquierda constituye en sí mismo un primer paso para el acceso de los investigadores al archivo. También, que la Biblioteca Orbis Tertius se ocupe de habilitar este tipo de publicaciones implica un acicate para la edición ordenada de este tipo de materiales. Particularmente, la publicación anotada de las cartas que leemos en el libro de Graciela Salto denota un trabajo con varios y diversos archivos, como lo muestran las notas que se incorporan luego de cada una de las cartas. Esos agregados de información minuciosa recuperan el contexto, aclaran lagunas y aseguran el sentido para un lector que, por supuesto,

no es el esperado en su producción original. La reunión y lectura de estas cartas del fondo Samuel Glusberg permiten a la autora hacer visibles ciertas formas de religación intelectual en América Latina, en especial, entre Centroamérica, con epicentro en Costa Rica y el Cono Sur con sede en Buenos Aires y luego en Chile, a partir de la mudanza de domicilio de Glusberg al país trasandino. En este sentido, la autora señala: “Los intereses que unieron a estos dos activos partícipes en el campo cultural se condensan en la edición y circulación de publicaciones orientadas a la formación de públicos a escala continental. Entre Argentina, Costa Rica y Chile intercambiaron decenas de cartas que exhiben los avatares de su dilatada relación y, también, las diferentes perspectivas y posiciones asumidas en las encrucijadas de su tiempo” (p. 14). Esta perspectiva desde la cual se aborda la investigación se consolida con un anexo en el que se listan todas las colaboraciones de Samuel Glusberg, tanto con el nombre real como con el pseudónimo de Enrique Espinoza, en **Repertorio americano**, la revista que durante cuarenta y nueve años – entre 1919 y 1958– dirigió y publicó Joaquín García Monge en Costa Rica. Así, las menciones en las cartas de las colaboraciones tanto de parte del propio Glusberg como de su entorno argentino se corroboran con las notas publicadas en la revista y evidencian la materialidad del intercambio en ese mercado editorial latinoamericano incipiente.

El libro consta de un estudio preliminar, de una descripción acerca de la procedencia de los textos y advertencias sobre el criterio de edición, del epistolario organizado en tres bloques cronológicos: 1920-1928, 1930-1934, 1936-1958 y de un anexo que consiste en dos listas de las colaboraciones de Samuel Glusberg en **Repertorio americano**, entre 1926 y 1958, una con el nombre real y otra con el pseudónimo, organizadas por orden cronológico.

El estudio preliminar se inicia con una descripción del contexto de expansión operada en América Latina de la cultura

del impreso, desde fines del siglo XIX, “a través de la circulación de publicaciones de bajo costo que llegaban a gran cantidad de lectores gracias a una notable red de distribución en kioscos, puestos callejeros e, incluso, enclaves rurales” (p. 9). En ese marco y con la aclaración de que las características que esa expansión editorial ha tenido en cada país del continente son particulares y específicas, se presenta a los actores del intercambio: Joaquín García Monge (Desamparados, 1881-San José de Costa Rica, 1958) y Samuel Glusberg (Kishinev, 1898-Buenos Aires, 1987) o Enrique Espinoza, seudónimo que utilizaba para firmar algunos de sus artículos. Esa presentación consiste en reseñar la profusa labor editorial que cada uno de estos intelectuales desarrolló en sus respectivos espacios de actuación; el primero en Costa Rica, aunque vivió y estudió en Chile en su juventud, y el segundo en Buenos Aires y también en el país vecino, puesto que residió allí largo tiempo, desde 1936 hasta 1973: “decide instalarse en Santiago con la intención de encontrar un entorno menos hostil y más familiar” (p. 28).

La estructura interna de este apartado replica la organización dada al epistolario, es decir, se divide en tres partes. La primera se titula: “Los inicios del intercambio editorial: 1920-1928”. En la correspondencia de este período, la autora lee un intercambio de impresos, entre ambos intelectuales, para la distribución y venta de los ejemplares, producto de las empresas editoriales que ambos habían promovido. Se refiere, por ejemplo: “al envío de Ediciones Selectas desde Buenos Aires, a la compensación con ejemplares de El Convivio desde San José y a la fijación del oro estadounidense como la moneda de intercambio” (p. 15). También, en las misivas de este período, la autora advierte, por un lado, una relación intelectual además de comercial: “demuestran cierta afinidad intelectual y un repertorio de lecturas en común” y por otro, aparece el tópico de la solicitud de colaboraciones, que “muestra la creciente asimetría entre los dos polos editoriales” (p. 16). Las colaboraciones que viajaban no eran

solo del propio Glusberg, sino también de otros, como es el caso de Leopoldo Lugones, cuya relación con García Monge databa de una década atrás. En este período, según la lectura que la autora realiza de las cartas, “el intercambio se afianza con una corresponsalía en Buenos Aires que atiende Leonardo Glusberg, hermano de Samuel, y un aumento progresivo de los libros, folletos y artículos que se distribuyen en una y otra parte” (p. 19).

La segunda parte lleva el título: “La asociación transnacional de editores: 1930-1934” y se inicia con una reflexión respecto de la precariedad económica en la que ambos intelectuales desarrollan sus empresas editoriales ya que resulta un acicate para un proyecto de asociación ideado por Glusberg al inicio de la década de 1930: “un semanario ‘inter-americano’ con múltiples editores y lugares de publicación” (p. 21). Tal iniciativa no se materializó o por lo menos, la autora no ha podido documentar la publicación de algún número de ese proyectado semanario. En cambio, encuentra que, a pesar de los problemas económicos para una empresa interamericana, Glusberg continúa con la idea y logra que su par costarricense elabore un proyecto de “hacer una versión del **Repertorio Americano** ‘para uso argentino’” (p. 23). Tampoco ese proyecto se concreta, solo se editan “cuatro números de la revista de homenaje a la Argentina” (p. 24).

En el intercambio de correspondencia de este período, la autora percibe que García Monge y Glusberg exhiben dos perfiles muy diferentes en cuanto a sus estilos de afrontar las empresas editoriales: el del costarricense es la persistencia y el del argentino la agilidad en las propuestas que, sin embargo, perduraban escaso tiempo.

Resulta de interés el relevamiento, en las cartas de este período, de las posiciones políticas de ambos intelectuales, en relación con el exilio de Trotsky, en México, y las discusiones acerca del régimen estalinista y también respecto de la República Española. La adhesión de Glusberg “a un



trotskismo libertario que se acentúa en los años de su estadía en Chile”, “la falta de sintonía [que] exhibe un distanciamiento paulatino. [Y] García Monge profundiza su encierro en el *Repertorio*” (p. 29).

La tercera parte del estudio preliminar aborda las cartas del último período y tiene como título: “Interferencias en la actividad editorial: 1936-1958”. Salto manifiesta que en estas cartas se agudiza el distanciamiento entre ambos: “Los desacuerdos se centran en la orientación política del *Repertorio* y también en el diseño gráfico de la publicación. Para él [Glusberg] son dos aspectos de un mismo problema” (p. 30). Y expone con detalle su radicalización y militancia anti estalinista. García Monge, por su parte, accede a “los pedidos de adherir a diferentes causas políticas [que] llegan siempre desde el sur” (p. 32). En este período, según la autora, los motivos que hegemonizan el intercambio se refieren a los problemas económicos para solventar **Repertorio** y a la falta de colaboraciones. Una cita que extrae de una de las cartas de García Monge de 1940 resulta muy reveladora: “Ud. lo haya fácil; yo difícil, porque no tengo dinero. Gratis no quieren colaborar los mayores en las letras. Llevo 20 años de esperarlos. Uno que otro, Ud. lo sabe; los demás, ni recortes de prensa. Yo busco y cojo esto o aquello” (p. 35). Esas misivas le permiten a la autora entender cómo se completaban los contenidos de las sucesivas ediciones de las revistas de la época; señala al respecto: “El procedimiento de apelar al recorte y al fragmento era frecuente en la mayoría de las publicaciones de la época, pero en el **Repertorio Americano** constituyó una estrategia tan frecuente y reiterada que su uso permite explicar, en gran medida, la permanencia de la publicación durante tantos años” (p. 36).

El estudio preliminar se cierra con algunas conclusiones que se desprenden del análisis de las cartas referidas a “la existencia de redes de producción, distribución y comercialización de libros, folletos y revistas entre América Central y el Cono Sur desde

los primeros atisbos de una industria editorial” (p. 39).

A continuación, como adelantábamos arriba, se lee el apartado “Procedencia de los textos y criterios de esta edición” que expone justamente los detalles del archivo, es decir, la cantidad de cartas, su localización y algunos avatares de la búsqueda que muestran lo obturado por la pérdida o porque aún no ha sido hallado.

A partir de allí, el libro reúne el Epistolario que consiste en la edición de las 34 cartas conocidas que Joaquín García Monge y Samuel Glusberg intercambiaron entre febrero de 1920 y abril de 1958. La edición de esas cartas, como también adelantábamos, está organizadas según los tres períodos detallados en el Estudio preliminar y no se reduce a la transcripción sino que cada una de ellas habilita un aparato de notas al pie que contienen aspectos paratextuales (tipo de papel, si contiene membrete, si está mecanografiada o manuscrita, etc.), información histórica (de América y de Europa) y contextual. Entre las más valiosas aparecen las referidas a los círculos de intelectuales, quiénes los integraban y qué actividades desarrollaban. También puede leerse información económica (qué valores en dinero se manejaban por los libros, las revistas o los folletos) y, sobre todo, información referida a la labor editorial de ambos intelectuales. Todo ese acopio de datos habla de un minucioso trabajo de archivo que no se reduce a las cartas publicadas en el libro, sino que muestra una búsqueda, por ejemplo, en la colección de *Repertorio*. También se incluyen aspectos relativos a otros emprendimientos editoriales como los títulos publicados a través de la colección El convivio de García Monge o a los detalles de BABEL de Glusberg, por citar los más evidentes. Cada dato que se pone en relación aparece respaldado por la fuente correspondiente.

El libro cierra con una “Bibliografía comentada” en la que se listan los textos publicados por Glusberg en **Repertorio americano**, con su nombre real y con su

pseudónimo Enrique Espinoza. Ese anexo también ofrece información valiosa de la situacionalidad de cada texto publicado y del debate o intercambio que implicaba.

Una reflexión obvia para quien ha leído este trabajo consiste en considerarlo de inestimable valor para futuras investigaciones en el campo de la circulación editorial y de la historia de la lectura en América Latina, ya que se encuentran en él datos y relaciones confrontados con el archivo disponible hasta el momento.

Diana Moro

A propósito de Santiago Roggerone ¿Alguien dijo crisis del marxismo? Axel Honneth, Slavoj y las Žižek nuevas teorías críticas de la sociedad, Buenos Aires, Prometeo, 2018, 440 pp.

Escrito en lenguaje claro, con una prosa fluida, Santiago Roggerone acomete en esta obra una doble tarea. La primera es lo que podríamos denominar una “estado de la cuestión” de la situación del marxismo en particular y de las teorías críticas en general en el albor del siglo XXI. Desde una atalaya construida con los sólidos postes del “realismo intransigente” de Perry Anderson, Roggerone ausculta el panorama de manera descarnada, sin velos bien-pensantes. De este intento emana un diagnóstico crudo, duro por momentos, pero sumamente realista. Pero no se trata solamente de observar “lo que hay”. En las páginas de este libro hay una búsqueda de atisbar “lo que podría haber” afinado en el talante insumiso y siempre movido por una pulsión militante de Daniel Bensaid. Con el doble prisma andersoniano/bensaidiano, Roggerone recorre con calma textos y contextos, para brindar un esbozo de explicación de la crisis del pensamiento de izquierdas vinculándolo con la crisis del sistema capitalista. Una situación, para decirlo con sus propias palabras, que puede ser considerada una paradójica *transmutación*: una crisis del marxismo considerada